

REFLUJO HISTORICO

ENRIQUE DIAZ ARAUJO,
Profesor titular de Historia
de las Instituciones
Políticas
Argentinas

La única ley de la historia es que no tiene leyes (salvo, claro está, los para el hombre ocultos designios de la Providencia); pero entre los cientos de esquemas propuestos para entenderla hay uno que por lo menos es ingenioso. Nos referimos a la teoría de los ciclos de Juan Bautista Vico, de los "corsi e ricorsi" de los hechos humanos, que de tanto en tanto repiten algunos de sus aspectos.

Sin apearnos en su defensa, podemos bien tomarla como "hipótesis de trabajo" (en versión libre), para enfocar con ella ciertos sucesos de esta segunda mitad de nuestro siglo que le dan su tono histórico y que ahora se estila juzgarlos como los "signos de los tiempos".

En Occidente predominan hoy los intérpretes optimistas de lo que viene acontecimiento en las últimas décadas. Se habla así de una "planetización", de una "coexistencia", de un "pluralismo", de la "distensión", la "evolución", etc. Los "signos" que ellos habrían auscultado en la época les permitirían pronosticar un "devenir" venturoso y una próxima Edad de Oro de la Humanidad. El hombre, la mujer, los jóvenes, pronto obtendrán su "liberación" y al fin se "desalienarán", como los pueblos a los que pertenecen, con sólo "tomar conciencia" del proceso histórico que nos toca vivir.

Esta versión es, como decíamos, la "optimista" de los eventos humanos. Los que no participan de ella suelen ser considerados "in limine" como "trogloditas" cavernarios, que por culpa de sus propios prejuicios son inessible ante el "cambio cualitativo" que aparejarían los años de 1950 para adelante. Establecen de tal suerte una dicotomía tajante entre ellos, los "progresistas", y los otros, los "retardatarios". La idea del Pro-

greso único y generalizado es la creencia más popular en esos ambientes intelectuales de Occidente y de ella se hacen continuo eco los medios masivos de comunicación, infiltrándola en los demás sectores de la población.

En verdad, esa idea del Progreso creciente no es nueva, pero tampoco es muy antigua. Lucrecio al comentar la filosofía de Epicuro parecía compartir esa idea, más en el fondo era un pesimista. Para Platón y Séneca el tiempo era un enemigo natural del hombre. "El tiempo desprecia el valor del mundo", enseña el verso de Horacio. El historiador progresista del tema, John Bury, anota que en los filósofos de la antigüedad existía una inclinación que:

"no les habría permitido admitir semejante idea con seriedad si se les hubiera propuesto. Ningún período de su historia puede ser descrito como una edad optimista. Nunca se sintieron inclinados, a pesar de sus realizaciones en arte o literatura, en matemáticas o filosofía, a exaltarse en la autocomplacencia ni sintieron la tentación de poner grandes esperanzas en la capacidad humana" ("**La idea del progreso**", Madrid, Alianza, 1971, pág. 27).

En los tiempos de la Cristiandad tampoco esta idea prosperó. El mismo Bury destaca la incompatibilidad entre la creencia en la Providencia y la creencia en el Progreso. "Ambas —dice— eran incongruentes y la doctrina del Progreso no podía germinar mientras la doctrina de la Providencia se hallase en una supremacía indiscutida. . . Además, existía la doctrina del pecado original como un obstáculo insuperable" (op. cit., pág. 30-31). Hubo que esperar hasta la obra de Descartes para que esa tesis hiciera su aparición, y ello porque "la idea rectora de su obra era la de romper completa y radicalmente con el pasado para construir un sistema que no debiese nada a los muertos" (op. cit., págs. 68-69). Así es como, a partir del subjetivismo gnoseológico, se propone la teoría del Progreso Indefinido de la Humanidad por el abate Saint-Pierre, por Turgot y, principalmente, por el marqués de Condorcet durante el siglo XVIII.

De manera que la civilización occidental vivió sus siglos precristianos y los dieciocho de la era cristiana sin admitir esa especie de progresismo. Si bien esta idea fue alumbrada por la Ilustración francesa, recién fue aceptada en la segunda mitad del siglo XIX. Gracias a las obras de Spencer, Darwin, Víctor Hugo, Saint-Simón, Proudhon, Considérant, Fourier, Leroux, Hegel, Marx, Engels y George Sand, entre otros (muchos de los cuales fueron denominados por Marx "utopistas") la hipótesis progresista se afianzó:

"Una vaga confianza en el Progreso había sostenido y ayudado a la Revolución de 1789, pero la idea fue definitivamente defendida como principio dominante durante la revolución de 1848... Así, hacia 1870 y

1880 la idea del Progreso se convirtió en un artículo de fe para la humanidad" (J. Bury, op. cit., págs. 285, 309).

El progresismo, pues, es un producto típico de los cincuenta últimos años del siglo pasado. No es que todos lo compartieran ni mucho menos. La Iglesia Católica, por cierto lo rechazó y la proposición del "Syllabus" de Pío IX declaraba anatema al que sostuviera que "El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y aceptar el progreso, el liberalismo V la civilización moderna". Desde un ángulo muy distinto el filósofo alemán Hartmanrv consideraba que la época del Progreso "encierra un aumento en la miseria". Más convengamos en que el progresismo contaba con la opinión prevalente.

Comienza nuestro siglo y la tesis decimonónica va como perdiendo fuerza y desinflándose a medida que transcurren sus primeras décadas. Ya en 1908, Georges Sorel publicaba su notable trabajo "Les Illusions du progres" y de a poco, los intelectuales reflexionan mejor sobre las supuestas bondades del progresismo. La Gran Guerra de 1914 a 1918 contribuye a apagar la mayoría de los entusiasmos en la cercanía de la Edad de Oro. Ciertamente es que hubo un wilsonismo y un grupo "Claridad" (de Anatole France, Henri Barbusse y Romain Rolland) que soñaba con una "Nueva Aurora". Pero los resultados de la experiencia soviética, sobre todo después de la invasión a Polonia en 1921 y el "jueves negro" de octubre de 1929 en Wall Street que deparó la ruptura del patrón oro y el hundimiento de la economía británica, terminaron de aventar las ilusiones de muchos progresistas. Libros como "La crisis de la Democracia" del socialista inglés Harold Laski o como "La crisis de nuestra civilización" del católico inglés Hilaire Belloc fueron bien representativos de la actitud de los intelectuales occidentales al promediar la primera mitad de nuestro siglo. Hasta un evolucionista terco como el inglés Huxley, en sus últimos años, muestra la pérdida de entusiasmo por el progresismo: "No conozco una ciencia tan entristecedora como la evolución de la humanidad, tal como aparece en los anales de la historia —dice Huxley — , Incluso lo mejor de las civilizaciones modernas me parece mostrar una concepción de la humanidad que no tiene ningún ideal valioso ni posee el mérito de la estabilidad" (cit. por John Bury, op. cit., pág. 308).

Pero ese mismo mundo europeo sufre luego una hecatombe mucho mayor que la primera y entre los escombros culturales que deja la Segunda Guerra Mundial resurge, contra lo que sentido común hubiera aconsejado, como un Ave Fénix, la teoría progresista. En los primeros años que siguieron a 1945 sólo Stalin y sus amigos empleaban la expresión "progresista"; pero ya en marzo de 1967 hasta un Pontífice rotula su Encíclica con el nombre de "El Progreso de los Pueblos". ¿Qué había pasado para semejante cambio de mentalidad?

Es acá donde tenemos que recurrir a Juan Bautista Vico y su teoría de los ciclos que anunciáramos como hipótesis de trabajo: nuestro tiempo presenta un modelo de "ricorsi", de reflujo histórico.

Porque, fijémonos en este primer dato de orden general: los que nos hablan ahora del Progreso Universal fincan básicamente su temeraria aserción en la "paz en la tierra", en la "armónica convivencia internacional" con que el siglo XX ha "superado" a los precedentes y va en camino de obtener una unidad planetaria "por encima de las razas, los credos y las naciones". ¿Y bien? La verdad es que lo único parecido de la historia europea a lo que ahora ocurre es la Guerra de los Cien Años. No sólo por las conflagraciones iniciadas en 1914 y 1939, sino sobre todo por la Revolución que se enseñoorea del mundo desde 1945 en adelante. Porque, como lo señala Alberto Falcionelli,

"1914 y 1939 –si se nos perdona la crueldad aparente del aserto– no han sido más que entremeses: el primero, con sus 8 millones de muertos; el segundo, con sus 60. Sólo han sido pálidos anticipos de lo que podría sobrevenir en los próximos años. Pues se olvida, o se quiere olvidar, con demasiada facilidad que a esos 69 millones de vidas interrumpidas por acciones bélicas de toda naturaleza –pero encuadradas en las normas generalmente aceptadas del "derecho de guerra"– hay que agregar los genocidios raciales lucubrados por los delirios ariogermánicos de Adolfo Hitler (que no deben haber causado menos de 10 millones de víctimas), y los 66 millones cosechados por el marxismo-leninismo, en acción de 1917 a 1956. De estos últimos veinte años faltan datos indiscutibles, pero no será pecar por exceso de imaginación estimarlos entre 5 y 7 millones más. Todo lo cual nos entrega la cifra pavorosa de **150 millones** de individuos eliminados en sesenta años" ("**El gran vuelco europeo 1914-1975.1 "La quiebra de un sistema"**", en: Revista "Qué pasa", Santiago de Chile, N° 227, 28 de agosto de 1975, pág. 42).

¡Ciento cincuenta millones de muertos son un buen cimiento para proyectar sobre él el edificio de la Paz Universal que tantas odas provoca en nuestro tiempo!

Esos son los hechos- duros y resistentes a las teorizaciones del progresismo. Pero si la Muerte es el nombre de la Paz que esta época ofrece, ¿a qué obedece el apogeo de ese progresismo redivivo? No por cierto al progreso, gradual, posible hacedero que al hombre puede alcanzar de distinta forma en los distintos planos de la vida. Esa tarea acumulativa, civilizatoria, ordenada y pacífica es la propia de los "corsi" de Vico. No. El progresismo de este tiempo ni siquiera descansa en la "ilusión del Progreso" que atrapó a los intelectuales decimonónicos. Esto

es una pura y simple mistificación, cuyas únicas bases son la ignorancia y la mala fe. Lo probaremos.

Vamos por partes.

La bajamar histórica, el descenso cultural, el declive humano en que nos toca vivir, está bien de manifiesto en el que debiera ser el más alto de los órdenes: el de la Religión. No podemos repetir, ni siquiera resumir acá las sabias consideraciones que sobre este asunto fundamental han escrito en estos años hombres del talento de un P. Santiago Ramírez, un Hans Urs von Balthasar, un Dietrich von Hildebrand, un P. Massineo, un Bernard Fay, un cardenal Stefan Wyszynski, un Mons. Marcel Lefebvre, un abte de Nantes, un cardenal Mindsezny, un Henri Charlier, un Marcel Corte, un Jean Medirán, un Bruno de Solages, un Havard de la Montagne, un Mons. Luigi María Carli, un cardenal Joseph Hoffner, un Louis Jugnet, un Jean Roger, un Marcel Clement, un Gustavo Corcao, un Juan Vallet de Goytisoló, un Michele Federico Sciacca, un Gusta ve Thibon, un Rafael Gamba, un Jean Ousset, un Juan Roig y Gironella S. I., un Mons. Geraldo de Proenca Sigaud, un Michel Creuzet, un Eugenio Vegas Latapíe, un Henri Rambaud, un Hervé Lecler, un Louis Salieron, un Jacques Ploncard D'Assac, un Leopoldo Eugenio Palacios, y tantos más cuyos nombres ahora (como los sudamericanos: P. Julio Meinvielle, P. A. García Vieyra, J. Casaubon, A. Caturellí, P. Osvaldo Lira, Carlos A. Sachen, J. A. Widow) se nos van de la memoria, pero que no quisiéramos emitir. No son voces preclaras las que han faltado para advertir a los cristianos sobre el ateísmo implícito en las tesis progresistas pre y post conciliares. Porque si bien ahora se menta a un "espíritu post-conciliar", lo cierto es que esa mentalidad es bien preconiliar. Como que en él confluye el "resumen de todas las herejías" que el 8 de setiembre de 1907 condenara San Pío X en su Encíclica "Pascendi Dominici Gregis". En el orden religioso la herejía "progresista" no es otra cosa que la acenuación y adecuación táctica a las circunstancias de la herejía "modernista", que ya aparejada los vicios del inmanentismo, del historicismo, del evolucionismo, del monofisismo invertido, del irenismo, del joaquinismo y de tantas otras antiguas herejías. El único dato moderno que contiene es su aproximación al marxismo-leninismo. Pero esto ya también había sido condenado desde Pío IX en adelante: en su forma más solemne el 19 de marzo de 1937 por la Encíclica "Divini Redemptoris" de Pío XI, y en su forma más práctica por el "Monitum" de julio de 1949 por Pío XII. Este problema estaba aclarado definitivamente: "nadie puede ser a la vez buen católico y verdadero socialista" (E. Quadagesimo Anno);

porque el comunismo es "intrínsecamente perverso" y por eso "no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana" (E. "Divini Redemptoris"), y los que así lo hicieran, a pesar de la condena, "incurren ipso facto, como apóstatas de la fe, en la excomunión reservada de modo especial a la Sede Apostólica" ("Monitum" de 1949). El progresismo era, pues, un ideal condenado en todos sus aspectos, inclusive, por cierto, el socio-político, y más aún específicamente en ese carácter utópico que empuja "no hacia el progreso, sino hacia la muerte", como lo dijera el Papa Santo en su carta "Nuestro Cargo Apostólico" del 23 de agosto de 1910. En esa magnífica carta apostólica en que se censuró el utopismo que "lejos de ser un progreso, constituiría un retroceso desastroso para la civilización", se explicó meridianamente los términos de la cuestión:

"su sueño consiste en cambiar sus (los de la sociedad humana) cimientos naturales y tradicionales, y en prometer una ciudad futura edificada sobre otros principios que se atreven a declarar más fecundos, más beneficiosos que aquellos sobre los que descansa la actual sociedad cristiana. No... no se edificará la ciudad de modo distinto de como Dios la edificó...; no, la civilización no está por inventar ni la ciudad nueva por edificar en las nubes. Ha existido y existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de restablecerla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques siemprevivos, de la **utopía** malsana, de la **rebeldía** y de la **impiedad**".

¿Había algo más que añadir? ... El ciclo del Mal ya estaba cumplido y la palabra de Verdad nos había liberado de sus perversas intenciones. ¿Cómo explicar entonces este reflujo, esta retrogradación, esta reincidencia que se ha impuesto en las últimas dos décadas? Los ataques de la utopía, de la¹ rebeldía y de la impiedad son siempre renovados, nos prevenía San Pío X. Es así nomás; si hay algo recurrente, repetitivo, es la (herejía, las "verdades locas del cristianismo", como decía Chesterton.

Como pueril coartada (por lo demás pedida prestada a Federico Engels) para justificar este retroceso religioso se invoca a "la pura doctrina de los primeros cristianos". Para desbaratarla echemos una mirada rápida nada más que sobre algunos aspectos del Magisterio de los cinco primeros siglos de nuestra era.

En el símbolo "Quicumque", llamado "Atañas ja no", tenido por la definición de la Fe más aceptada en las iglesias de Oriente y Occidente, se manda categóricamente:

"Todo el que quiera salvarse, ante todo es menester que mantenga la fe católica; y el que no la guardare **íntegra e inviolada**, sin duda perecerá para siempre".

¿Podrían los progresistas acuñar una conceptualización más simple pa-

ra los que ellos denominan como el "integrísimo católico" ... Una cuestión que más afanes provoca en nuestros coetáneos devotos de la Idea del Progreso es la del celibato eclesiástico, la que junto a la "democratización" interna de la Iglesia, concita sus mayores afectos. Bien; el Papa San Cornelio, en su carta a San Cipriano, del año 252, manifestaba que la constitución de la Iglesia era monárquica, y el Concilio de Elvira ordenaba a los clérigos que se abstuvieran del matrimonio. El Papa San Ciricio, en la carta a Himerio, del 385 disponía al respecto-

"en adelante, cualquier obispo, presbítero, o diácono que —cosa que no deseamos— fuere hallado tal (violando el celibato), sepa que ya desde ahora les queda por Nos cerrado todo camino de indulgencia; **porque hay que cortar a hierro las heridas que no sienten la medicina de los fomentos**".

¿No es este el estilo de la disciplina "triumfalista", poco "dialogante", que tanto dasagrada a nuestros ¡progresistas? ... En otros planos ellos se aplican a exaltar la "dignidad de la concenda humana", de todo tipo de libertad; no quieren ni sentir hablar del pecado original y sostienen que la verdadera "situación" de pecado es la del "pecado social". En este sentido San Zósimo, al promulgar las normas del Concilio de Carfago del 418, anatemizaba a los que restaban importancia al pecado original y a los que predicaban que el "perdónanos nuestras deudas" de la oración evangélica aludía a un pecado colectivo y no personal (canon 2 y 7). Al condenar al pelagianismo el Concilio de Efeso, del 431, resumía la doctrina sobre la libertad así:

"1) En la prevaricación de Adán, todos los hombres perdieron la "natural posibilidad" e inocencia, y nadie hubiera podido levantarse, por medio del libre albedrío, del abismo de aquella ruina, sino le hubiera levantado la gracia de Dios misericordioso... 2) Nadie es bueno por sí mismo, si por la participación de sí, no le concede Aquel que es el solo bueno... 3) Nadie, ni aun después de haber sido renovado por la gracia del bautismo, es capaz de superar las acechanzas del diablo y vencer la concupiscencia de la carne, si no recibiere la perseverancia en la buena conducta por la diaria ayuda de Dios... 4) Que nadie, si no es por Cristo, usa bien de su libre albedrío. . . 6) y todo movimiento de buena voluntad procede de Dios, pues por El podemos algún bien, sin el cual no podemos nada".

¿Esto no sentaría ahora muy bien a nuestros "hermanos separados" los masones y librepensadores, no? ¡Pues tampoco le sentó bien a los pelagianos!. En fin, para abreviar, el progresismo hace su leit motiv cotidiano del diálogo y el cambio doctrinario operado gracias al Concilio Vaticano II. Para terminar de contraponerles algunos recuerdos, que podrían prolongarse, creemos que bastaría con los términos de la carta del

Papa San Simplicio al obispo de Constantinopla, del año 476, y los de su otra carta "Cuperem quidem". Decía en ellas el Paipa:

"Puesto que mientras esté **firme** la doctrina de nuestros predecesores, de santa memoria, **contra la cual no es lícito disputar**, cualquiera que parezca sentir rectamente, **no necesita ser enseñado por nuevas aseercciones**, sino que llano y perfecto está todo para instruir al que ha sido engañado por los herejes y para ser adoctrinado el que va a ser plantado en la viña del Señor, haz que se rechace la idea de reunir un Concilio. . . a que por todos los modos se resista a los conatos de los perversos de reunir un Concilio, **que jamás se convocó por otros motivos que por haber surgido alguna novedad en entendimientos extraviados o alguna ambigüedad en la aseercción de los dogmas** ... hay que intimar que es abominable restituir a los que han sido condenados".

"lo que sincero y claro, manó de la fuente purísima de las Escrituras, no podrá resolverse por argumento alguno de astucia nebulosa ... Cualquiera que, como dice el Apóstol, intente sembrar otra cosa **fuera de lo que hemos recibido**, sea anatema (Gal. 1,8 s). No se abra **entrada alguna** por donde se introduzcan furtivamente en vuestros oídos perniciosas ideas, no se conceda esperanza alguna **de volver a tratar nada** de las antiguas constituciones; porque —y es cosa que hay que repetir muchas veces— lo que por las manos apostólicas, con asentimiento de la Iglesia universal, mereció ser cortado a filo de la hoz evangélica, no puede cobrar vigor para renacer, ni puede volver a ser sarmiento feraz de la viña del Señor lo que consta haber sido destinado a fuego eterno. Así, en fin, **las manifestaciones de las herejías todas, derrocadas por los decretos de la Iglesia, nunca puede permitirse que renueven los combates de una impugnación ya liquidada**" (citas verificables en: Enrique Denzinger, "El magisterio de la Iglesia", Barcelona, Herder, 1959, N° 39, 44, 52 b-c, 89, 101, 107, 130-135, 159-160).

¿Será esto una muestra de la "mentalidad burguesa", antes de que existiera la burguesía, una actitud "reaccionaria", antes de que hubiera revolución y consiguiente reacción, un contrarreformismo triunfalista tridentino, antes de que se soñara con Trento? ¿O más bien será nomás que el catolicismo es así de permanente y constante en su doctrina? Dejamos la elucidación de este problema a esos señores progresistas que con tanta pertinacia se han aplicado a cambiar lo dogmático por lo pastoral, a la liturgia universal de San Pío V por los rituales localistas de Bugnini y a la doctrina realista de San Pío X por el ecumenismo idealista de Lebrecht y Kung. Para nosotros no cabe la menor duda de que si hoy la cristiandad retrocede, vacilante e hipnotizada ante sus despiadados enemigos, es porque se ha desatendido al Espíritu para prestar aten-

dón a "los signos de los tiempos"; tiempos de descenso y regreso, no de progreso; porque en lugar de buscar primero al Reino y su Justicia hacen cola en el reino del Mundo y su Quimera de justicia.

Sigamos con el suscito análisis en otro plano de la vida: el de la **filosofía**.

De la manera más elemental se podría sintetizar el conflicto en la actitud del filósofo con estos dos aforismos: "Sum, ergo, cogito" dice Kierkegaard; "Cogito, ergo sum" dice Descartes. La actitud clásica que parte de la evidencia de lo real (en términos gnoseológicos: de la axi-tenía tanto del sujeto como del objeto del conocimiento), y la actitud crítica que parte de la duda de lo real. Desde los griegos hasta el siglo XVII D. C. se aceptó la primera posición, después de Descartes la segunda. Este último fue el camino elegido por la llamada "filosofía moderna", de la que opta por la vía subjetivista, la que niega la trascendencia del ser y la reemplaza por el principio de lo "trascendental" de la concibencia o del pensamiento.

Pero el subjetivismo, por la relatividad que supone, es a su vez origen de bifurcaciones, (el idealismo, el monismo del ser, el monismo del devenir, etc.) hay dos que nos interesa destacar y a los que podríamos denominar el de la negación del Yo y el de la exaltación del Yo. De Hamme a Freud hay una línea que niega que sustancialidad del sujeto del conocimiento para disolverlo en un haz corpuscular de funciones sensibles y luego fisionarlas en el ciclotrón de la inconciencia. Fugaces sueños eróticos constituyen la única materia que queda entre las manos de los psicoanalistas, pitonisos de la irracionalidad moderna. De Kant a Hegel hay otra línea que se afirma en la trascendencia del Yo hasta convertirlo en un Absoluto. Sus esfuerzos para restituir la relación del hombre con el mundo natural que lo rodea —cortada por método cartesiano— son variados y complejos. De cualquier manera, se acepte la existencia de "fenómenos" en forma entitativa o meramente existencial o conflictiva, se los describa como una "Idea" o como la "Materia", lo cierto es que siempre queda como un dato de conciencia, no como una realidad objetivamente existente y cognoscible. Es decir siempre se queda en un inmanentísimo ineficaz para alcanzar esa otra orilla externa al hombre.

En ese marasmo idealista es donde viene a encajar el marxismo, que no es otra cosa que la proyección del concienialismo hegeliano hacia sus conclusiones lógicas. Allí el sujeto ha olvidado su razón en alguna parte y la procura recobrar contrastándose, golpeándose contra los otros y contra la naturaleza. Ese andar sonambulesco y tropezante, en una espiral sin comienzo ni fin, es lo único aceptado. "El intrincado laberinto del pensamiento hegeliano" (Cornelio Fabro, "La dialéctica de

Hegel", Bs. As., Nuevos Esquemas, 1969, pág. 7) al transformarse en marxismo queda reducido a una pura "praxis" social, a la exaltación del movimiento y del conflicto por sí mismos.

Es una mezcla de aquel río en que nadie se baña dos veces de Hércules y las cuatro materias movidas por la ley del odio de Empédocles de Agrigento, absolutizados por Hegel en un inmanentísimo integral, y aplicados por Marx a las tensiones sociales del siglo XIX. Como toda la actitud filosófica "moderna" de la que forma parte, el marxismo es un subjetivismo. Un subjetivismo idealista (sobre todo por su idealización de la materia) que parte de la negación del ser y del principio del ser; que reemplaza al Creador por un invento que llama el "Hombre Social", medida de todas las cosas y que no es medido por nada. Pero ese intento, como una exactitud lo apunta Marcel de Corte, funciona sólo en la imaginación de sus adeptos:

"Tal es la realidad del Yo, tal es su divinidad: ficticias, rigurosamente ficticias. El yo no fabrica más que una ilusión. Es sinónimo de **ilusión**. Por eso el comunismo que arraiga en el yo no es más que una inmensa quimera, una pura creación del espíritu que no puede en ningún caso sobrepasar los límites del cerebro. Nunca se dirá suficientemente que el comunismo es **irreal** no solamente en tanto que sistema teórico, sino sobre todo en el práctico. El filósofo realista lo sabe: "Todo pensamiento y toda acción que se fundan en la negación del ser y del principio de identidad son irreales". No existen como tales. El comunismo no existe como comunismo. Existe como otra cosa diferente del comunismo" ("**Intrínsecamente perverso**", en: "Itinéraires" N° 111, traducido en: "Verbo", Madrid, Speiro, serie VI, N° 55, pág. 351 y sgtes.).

En todo caso su gambito "social" no es otra cosa que el expediente arbitrado para evitar la demencia ineluctable del que se asoma ante la imagen de su propio Yo divinizado. Que fue precisamente el camino por el que optó Federico Nietzsche en su logicismo extremo: Yo absolutizado que obliga a decretar "la muerte de Dios". Como se sabe, el que murió, de mente completo, fue el pobre Federico.

Con el irracionalismo del "elan vital" de Nietzsche se cierra el ciclo de la filosofía "moderna". Comienza el tiempo de la filosofía "contemporánea". "La filosofía de nuestro tiempo —escribía hacia 1950 I. AA. Bochenski —, la filosofía verdaderamente actual ha surgido esencialmente de una confrontación con la filosofía moderna"; y por eso reservaba el uso de este segundo término para "el pensamiento filosófico del período 1600-1900". Es decir, que su etapa es clausura justo el año de la muerte de Nietzsche. El nuevo siglo alumbrará varias tendencias, pero el signo más sostenido es el renacimiento de la metafísica realista. Ciertamente hay líneas que prolongan las escuelas subjetivistas, como el neokantismo o la fenomenología husserliana; más aún dentro de ellas las figuras so-

bresalientes, como un Franz Brentano, un Alois Rielh, un Max Scheler, apuntan a una salida realista. Esto es más claro con la filosofía del Ser. Les nombres de Louis Lavelle, Samuel Aleander, Paul Haberlin, Nicolai Hartmann, Alfred North Whitehead, Bertrand Russell, George Edward Moore, de diversas escuelas espiritualistas y neorealista, son los que llenan el capítulo histórico contemporáneo. Esto sin contar la producción de H. Driesch, H. Maier, O. Spann, G. Jaeoby, R. Le Serme, M. Blondel, J. Laird, A. E. Taylor, G. L. Morgan, y tantos más que se ubican en las mismas filas. Pero la gran novedad que el siglo XX trae en materia filosófica es el redescubrimiento de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. Luego de la publicación del libro "El Sentido Común", en 1903, de Reginald Garrigou-Lagrange la especulación tomista no cesó de crecer en centros de estudios, congresos y ediciones de libros y revistas especializadas. Las obras de Gilson, Maritain, Sertillanges, Manser, Grabmann, Gredt, Ramírez, Jolivet, De Tonquedec, Mercier, para no citar sino a los más divulgados filósofos de la escuela, ocuparon el lugar preferente en la enseñanza de las universidades occidentales y aún en las lecturas del público lego. El Boletín Tomista daba cuenta de avisos de 500 libros por año, y de 25 revistas científicas tomistas. "Ningún otro grupo filosófico podía disponer de un tan gran número de pensadores y de centros de estudios" anota Bochenski; situación que le hacía concluir: "En su conjunto la filosofía actual ha superado con mucho no sólo sus tesis (los de la filosofía "moderna") sino hasta sus planteamientos de los problemas.

Nuestra época sigue hipotecada por las graves consecuencias de un pensar antimetafísico; pero el hecho de que Europa disponga hoy de un grupo de destacados y eficaces metafísicos nos permite esperar un mejor porvenir para las generaciones futuras, un porvenir para las generaciones futuras, un porvenir en que el hombre sea mejor comprendido y más altamente considerado en sus prendas sociales" (**"La filosofía actual"**, 2ª Ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1951, págs. 13, 202, 90, 265).

El progreso filosófico genuino cicatrizaba y curaba los desgarramientos abiertos en la inteligencia humana por el pensamiento crítico subjetivista de los siglos inmediatos anteriores. "Es preciso revolverse contra el siglo XIX", aconsejaba José Ortega y Gasset; contra "la época que se llamó "fin de siecle", época que quedará en la historia —culminó hacia 1900— como aquella en que el hombre se ha sentido más seguro, y, a la par, como la época —con sus plastrones y levitas, sus mujeres fatales, su pretensión de perversidad y su culto barresiano del Yo— como la época cursi por excelencia" (**"La rebelión de las masas"**, Bs. As., Espasa Calpe, Austral, 3ª Ed., 1939, pág. 86; y **"Ensimismamiento y Alteración. Meditación de la técnica"**, Bs. As., Espasa-Calpe, 2ª Ed., 1945, pág. 38).

Pero viene la Segunda Guerra y su postguerra y una oscura neblina parece descender sobre la especulación filosófica. El "obscurantismo racionalista" que definiera Wladimir Weidlé se enseñoorea de nuevo de las mentes. La inquietud existencial del ilustre Soren Kierkegaard y que también preocupó a escritores tan notables como Unamuno, Dostoyevski, Rilke, Marcel, Berdiaev y otros, desciende a una teorización oscura en Heidegger y Jaspers, para empantanarse en la "Nada" de un Jean-Paul Sartre, una Simone de Beauvoir y un Maurice Merleau-Ponty. Y son estos últimos los best-sellers de una cultura en declive; "pensadores de un tiempo indigente", como con acierto tituló a su libro sobre Heidegger el historiador Karl Lowith. Y como la pendiente del descenso estaba muy inclinada, luego del existencialismo el esqui intelectual recaló de nuevo en el marxismo, bajo sus formas del "humanismo" neohegeliano y del estructuralismo epistemológico. Sartre, el autorretratista de "La Náusea", consigue mantenerse en su módico candelero gracias al oportuno pase del existencialismo al marxismo; de él puja por sacarlo su afín Althusser. El althusserianismo hereda del sartrismo "su estilo, sus pretensiones y sus ignorancias", afirma Raymond Aron. Para este brillante crítico las dos escuelas son partícipes de un marxismo gratuito, imaginario. Tanto una como la otra,

"se interesan más por los "a priori" filosóficos que por la realidad histórica... Ambos 'proyectos, se asemejan al menos por su gratuidad, si no por su contradicción interna. . . El estructuralismo althusseriano se rebela finalmente **de una pobreza insigne**. . . representa ya el penúltimo marxismo imaginario... representan una de las versiones parisienses (de la "nueva izquierda"), característica de la última moda intelectual: **pensamiento y estilo esotéricos, acción violenta. ¿Hay que tomar en serio esta mezcla? ¿Hay que reír o llorar? Honestamente hablando, no lo sé**". ("Los marxismos imaginarios. De Sartre a Althusser", Caracas, Monte Avila, 1969, págs. 44, 45, 139, 18, 154).

Permítasenos añadir que el primer "Marxismo imaginario", como lo señalaba Marcel de Corte, es el de Carlos Marx. Pero es cierto que su pretendida restauración un siglo después es doblemente gratuita. "El marxismo se encuentra en el pensamiento del siglo XIX como el pez en el agua; es decir, deja de respirar en cualquier otro ambiente", anota con precisión Michel Foucault ("Les Mots et les Choses", París, '1966, pág. 274). ¿Entonces cómo se explica esta tentativa de reintegración? Por el reflujó histórico. El marxismo es "praxis" propagandística ante todo, y esa propaganda está hoy orquestada desde un gran centro imperialista. Esa es la parte "leninista" del asunto. Pero para que esa propaganda grosera haya podido ganar al medio pelo intelectual —entre ellos a los "teólogos" de la liberación hegeliano-marxista — ha debido darse un

previo cataclismo cultural. Como en los años posteriores a la invasión de los bárbaros al imperio romano, ahora el progreso se ha detenido y la civilización, a falta de conventos, se refugia en las catacumbas. En la superficie, entre tanto, ocurren espectáculos bochornosos. Tal la difusión de las obras; de Herbert Marcuse, quien se propuso la unión de los dos polos del desorden de la filosofía moderna y bautizó al cortocircuito con el nombre de "freudomarxismo". En verdad, que esto ya es del plano policíaco, de las buenas costumbres, antes que de la especulación filosófica. Las teorías del "pensamiento racional negativo" son, como dice Elíseo Vivas, una escopeta de caño recortado apuntada contra el corazón de nuestra civilización.

Si la "teología" de nuestro tiempo se afana por demostrar "la muerte de Dios", la "filosofía" para no irle en zaga, se asila en el manicomio de Nietzsche. Uno de los pocos nuevos filósofos librado de la hipnotización general, Karl Popper, ha juzgado a esta retrogradación como un triunfo del irracionalismo, y lo achaca a la popularizada lectura de Hegel. Recuerda los consejos de Schopenhauer al preceptor deshonesto: "Si alguna vez os proponéis abotagar el ingenio de un joven y anular su cerebro para cualquier tipo de pensamiento, entonces no podríais hacer nada mejor que darle a leer a Hegel. En efecto, estos monstruosos cúmulos de palabras que se anulan y contradicen entre sí hacen atormentarse a la mente, que procura vanamente encontrarles algún sentido, hasta que finalmente se rinde de puro exhausta. De este modo queda tan acabadamente destruida toda facultad de pensar que el joven termina por tomar por verdad profunda una verbosidad vacía y hueca. El tutor que tema que su pupilo se torne demasiado inteligente para sus proyectos, podría, pues evitar esta desgracia, sugiriéndole inocentemente la lectura de Hegel".

A lo que el propio Popper añade-,

"Que este método filosófico . . . haya sido tomado en serio, sólo puede explicarse parcialmente por el atraso de las ciencias naturales alemanas en aquella época ... El éxito de Hegel marcó el comienzo de la **"Edad c*e la deshonestidad"** (como llamó Schopenhauer al período del idealismo alemán) y de la **"Edad de la irresponsabilidad"** (como caracteriza K. Heiden la edad del moderno totalitarismo) ... en su contenido esencial . . . no es sino un desvergonzado equívoco y, para usar las propias palabras de Hegel, sólo consiste en fantasías estúpidas, incluso". Es una especie de **laberinto** donde han sido atrapadas las sombras y los ecos de filosofías pretéritas... y donde celebran ahora una especie de aquelarre de brujas, procurando desatadamente confundir y engañar al espectador ingenuo (**"La sociedad abierta y sus enemigos"**, T° II, Bs. As., Paidós, 1967, págs. 87, 8, 28).

La vuelta a este tipo de filosofía, nadir del reflujo es, un "signo de los tiempos". Y nuevamente ha sido tomada en serio por aquellos que ignoran los progresos de las ciencias naturales. Pero para hablar de este tema tenemos que pasar a otro capítulo de nuestro artículo.

El reino de la naturaleza semeja hoy al reino de la paradoja: todo el mundo menciona al Progreso de las Ciencias y casi todos los que lo mentan —de buena o mala fe— ignoran en qué consiste ese progreso.

Como es obvio no podemos acá ofrecer un catálogo de inventos o descubrimientos de la ciencia moderna. Pero sí podemos, tomando uno o dos ejemplos, ilustrar el sentido general de esas comprobaciones científicas, que es justamente lo que los progresistas contemporáneos suelen desconocer.

El Progreso Científico del siglo XX ha sido grande y acelerado; pero se ha conseguido en la misma medida en que los científicos superaron el cientifismo decimonónico. A su vez la innovación técnica rápida ha sido posible gracias a la prioridad de la investigación pura sobre la aplicada.

Esas son dos verdades elementales que los divulgadores del progresismo ideológico mutilan y confunden. De tales operaciones viciosas sacan un producto: la "Revolución tecnológica", de filiación desconocida y con caracteres totémicos. La cibernética, la electrónica, la astronáutica y otros notables adelantos técnicos, son exhibidos al público consumidor masificado como la obra de los "sabios" que han desafiado las leyes de la naturaleza y han concretado la hazaña de hacer girar al cosmos; en torno al "Hombre". Y ahí es donde el progreso notorio alcanzado corre el riesgo de malograrse para su propio futuro, de transformarse en una mitología opresora de los hombres y finalmente de volverse contra el orbe y destruirlo.

El hombre, criatura creada libre y racional por su Creador, tiende al bien por fin. El fin último es la contemplación del Bien en sí, que es el propio Creador. El fin próximo es la cooperación con el orden de los bienes de la Creación. El resultado de la actividad humana para alcanzar esos bienes, el esfuerzo de perfectibilidad, es lo que puede denominarse "un progreso". El apartamiento de ellos supone un regreso hacia la Nada. Por eso, todo progreso es mediata e inmediatamente teocéntrico; gira en la órbita del Creador y su Creación. Si se descentra y apunta a lo antropocéntrico se pierde en las constelaciones de la Nada. Ese es el pago de la soberbia estéril, lo que obtuvo el primer hombre en el Paraíso Terrenal, lo que en su pertinacia va a conseguir ahora haciendo estallar la cadena de átomos que organizan al Valle de Lágrimas. El demiurgo que pretende recrear la Creación a su antojo sólo produce despojos sin vida que se le escurren como arena entre sus manos. Tal lo

que ya también le aconteció al cientifismo decimonónico, que buscaba una Ciencia que reemplazara a Dios y sus leyes, y lo que le está aconteciendo al tecnicismo contemporáneo quien en su idolatría de la Técnica ansia destronar no sólo a Dios y sus leyes sino a la propia Ciencia.

Hay un orden en los actos humanos que va de la especulación, primero, luego la proyección y, por último, la fabricación. "Speculatio", "poiesis" y "praxis", reconocen ese orden de prelación, que a su vez, sólo puede operar en tanto y en cuanto se parta de la aceptación del orden de la naturaleza creada por la Inteligencia Divina. El hombre que se niegue a re-conocer ese orden y se lanza a su propia "praxis", imaginativa, desbarra y retrocede. Eso es lo que les pasa a los materialistas. Los materialistas decimonónicos antepusieron su proyecto al reconocimiento de las leyes de la Creación. Los materialistas actuales quieren procurar directamente la fabricación, sin proyección ni especulación previas. Por eso unos adoraron a la Ciencia y los otros a la Técnica; a una "Ciencia" sin sabiduría, y a una "Técnica" acientífica y ciega.

La ciencia genuina y la técnica que le siguen nacen del examen, registro y exploración del Orden puesto por Dios a la naturaleza. En el "estúpido siglo' XIX", como lo llamó León Daudet, los materialistas (esos idealistas que no perciben que es la forma lo que organiza la materia) imaginaron que el Universo estaba regido por leyes nacidas de la rigidez de sus propios cerebros. De ahí su "determinismo"; el de la física newtoniana, el de la astronomía laplaciana, de la energía de Mach, de la biología lamarckiana y darwinista. Como el "determinismo" su otra tesis, la "evolucionista", también se generaba en sus subjetivos deseos y imitaciones antes que en la serena observación del orden universal. Si en la paleontología confundieron semejanza con precedencia es porque antes habían confundido observación con ilusión.

Al comenzar el siglo XX los científicos trataron de poner las cosas en su lugar. Primero fue la "Revolución de la Física", iniciada justo en 1900 por Max Planck, con su teoría de los "quanta", completada por el principio de incertidumbre o relación de indeterminación de Werner Heisenberg, el de la "complementariedad" de Niels Borh, por la mecánica ondulatoria de Broglie, por la visión cuadrimensional de Einstein hasta llegar a la física atómica con Rutherford y Fermi, que trastocaron las nociones de "energía", "materia", "mecánica" y "causa". La astronomía sufría igual impacto, con los aportes de Arthur Stanley Eddington, Lemaire y del físico sir Hopwood Jeans. Tan significativos como sus descubrimientos científicos fueron sus conclusiones generales. James Hopwood Jeans deducía que:

"si el universo es Universo para el pensamiento, su creación tiene que haber sido un acto del Pensamiento. Es natural que la limitación del

tiempo y del espacio nos obligue por sí misma a representarnos la Creación como obra del Pensamiento... La moderna teoría científica nos fuerza a pensar en un Creador que trabaja fuera del tiempo y del espacio, pues estos forman parte de su Creación, cabalmente como un artista está fuera de su lienzo".

Eddington (1882-1944), en su obra "Los nuevos senderos de la Ciencia", afirma sin embages:

"La nueva concepción del Universo físico, me lleva a defender la Religión contra un cargo particular, a saber, contra el cargo de que es incompatible con la Ciencia física".

Einstein, al conocer la concepción creacionista de Lemaire expresó: "Esta es la más hermosa y satisfactoria teoría de la Creación, que yo haya escuchado jamás".

Arthur Compton, profesor de física en la Universidad de Chicago, opinaba:

"Al aumentar nuestros conocimientos de la Naturaleza, nos hemos relacionado mejor con el Dios de la Naturaleza".

El gran renovador de estos conocimientos, Max Planck (1858-1947), escribía en su obra "La Filosofía de la Física" (1936):

"Es cosa harto fácil sugerir que una filosofía del mundo debe alzarse sobre una base científica. Pero tal método no prueba otra cosa sino que quienes lo adoptan carecen del sentido de la Ciencia real. La Ciencia 'no puede resolver el último misterio de la Naturaleza'".

Por todo lo cual el profesor Robert Millikan resumía así estas conclusiones:

"Si hay algo en que el progreso de la Física moderna nos haga pensar, ello es que no son científicas ni tienen sentido las afirmaciones dogmáticas acerca del conjunto de lo que es o no es el Universo, tal como lo presentaba el Materialismo del siglo XIX. El físico ha encontrado los fundamentos tan absolutamente apartados de esas generalizaciones, que ha aprendido, como Job, que es una locura el "multiplicar las palabras sin conocimientos". Esto es lo que hacían aquellos que un día afirmaban que el Universo tenía que interpretarse en términos de átomos sólidos; redondos, inertes, y de sus correspondientes movimientos... Después de esto (los descubrimientos de la física contemporánea), ¿habrá alguien que hable aún del materialismo de la Ciencia? Más bien, el científico se une al salmista de hace miles de años para proclamar con reverencia que "los Cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos". El Dios de la Ciencia es **el espíritu del orden racional...** La auténtica Ciencia moderna está aprendiendo poco a poco a caminar con su Dios" (citas en: Charles Me Fadden, "**La filosofía del**

comunismo", Valladolid, Sever-Cuesta, 1949, págs. 247-248, 246, 243-245).

Visión corroborada por el premio Nobel de Física, Luis de Broglie, al recordar que:

"muchos sabios de la época moderna... adoptaron casi sin advertirlo cierta metafísica de carácter materialista y mecanicista, considerándola como la expresión misma de la verdad científica. Uno de los servicios más grandes prestados al pensamiento contemporáneo por la evolución reciente de la Física es haber arruinado esa metafísica simplista... El determinismo, pues, no parece ya demostrable por la ciencia humana" ("El porvenir de la física", en: "**El porvenir de la ciencia**", Bs. As., Hachette, 1950, págs. 29, 33).

Ante esos postulados de los científicos, el filósofo realista A. Serlillanges podía replantear así la cuestión:

"La esperanza del mundo está en la unidad armoniosa de las tres fuerzas que en su concordancia lo dirigen todo; la religión, que indica los fines supremos; la filosofía, que medita sobre la naturaleza y las condiciones más generales de aquéllos; la ciencia, que investiga los medios inmediatos, las condiciones prácticas, además de que también sueña, a su modo, en las contemplaciones desinteresadas a que invita el misterio del mundo. El cientificismo que da la espalda a esa esperanza, **es un enemigo del hombre**... El cientificismo es una ignorancia de lo que finalmente cuenta, servida por una ciencia de lo que finalmente no cuenta" ("**Ciencia y Cientificismo**", en: 'El porvenir, etc., cit., págs. 63-62).

Es que en 1950 todavía se podía esperar esta unidad armoniosa de las tres fuerzas: la religión asentada en la sólida teología tradicional, la filosofía recuperada para el realismo metódico y la ciencia reconociendo el orden natural del universo. Luego la teología y la filosofía retrogradaron, mientras la ciencia con mayor humildad seguía adelante por el sendero que eligiera en 1900. Justamente en este primer año del siglo se habían sentado las bases de la "Genética".

Es en la Biología donde el progreso científico ha sido más espectacular. Las experiencias del monje benedictino Mendel habían sido ignoradas por el cientificismo decimonónico, en particular por los discípulos de Lamarck, ya que de cumplirse las leyes de la herencia que el monje había descubierto cultivando almácigos de arvejas, no operarían los principios evolucionistas de los factores adquiridos. En 1900 tres investigadores distintos (Hugo de Vries, Karl Correns y Erich Tschmak von Seysenegg), por diversos medios, comprobaron la exactitud de las observaciones de Mendel, y entonces sí se dio fecha cierta al nacimiento de la moderna Genética. De allí en adelante se siguieron los estudios de

Weismann, W. Fleming, W. S. Sutton, Johannsen y T. H. Morgan, quienes contribuyeron a estructurar la teoría "cromosómica" de la herencia. A partir de entonces hubo que dar definitivamente de baja al evolucionismo de corte lamarckiano.

De la genética el adelanto científico se trasladó a la biología molecular. Con los análisis de Stanley, en 1935, se verificó el comportamiento de los ácidos nucleicos en los virus proteina; y ya al promediar este siglo, gracias a los trabajos de Avery, Watson, Crick y otros, se pudo estudiar el funcionamiento del "código genético" compuesto por los DNA y los RNA. Recuérdese que estamos ya en momentos en que la filosofía y la teología se orientan al "cambio" y reconocen como única norma lógica y ontológica a la del movimiento contradictorio, es decir a la dialéctica hegeliana. Pues bien, mientras esos ideólogos dicen apoyar sus hipótesis en el Progreso de la Ciencia, el verdadero progreso científico descubre que la ley fundamental del metabolismo genético es la "invariación". El premio Nòbel de Fisiología de 1965, Jacques Monod, nos resume en dos palabras las conclusiones biológicas actuales:

"Allá donde Bergson veía la prueba más manifiesta de que el "principio de la vida es la misma evolución", la biología moderna reconoce, al contrario, que todas las propiedades de los seres vivos reposan sobre un mecanismo fundamental de **conservación**. Para la teoría moderna, la **evolución no es de ningún modo una propiedad de los seres vivos**, ya que tiene su raíz en las **imperfecciones** mismas del mecanismo conservar que constituye su único privilegio... Gracias a la **perfección conservadora del aparato replicativo**, toda mutación considerada individualmente, es un acontecimiento muy raro" ("**El azar y la necesidad. Ensayo sobre la Filosofía Natural de la Biología Moderna**", 2ª Ed., trad., Barcelona, Barrai, 1971, págs. 129, 134).

Aun cierto evolucionismo subsistente, de tipo azarista neodarwinista (como el del mismo Monod), se quebrará por los embates de la matemática de las probabilidades, en particular por la "Ley de Borei", tan exactamente aplicada por George Salet ("*Hasard et Certitude. Le Transformismo devant la Biologie actuelle*", Editions scientifique Saint-Edme, 1972). Datos que en el curso de 1973 fueron corroborados por las experiencias del premio Nòbel Francis Crick sobre las proporciones del molibdeno en los DNA.

A "esta altura del siglo XX" —como reza el clisé de los periodistas progresistas— cabría entonces preguntarse: ¿qué pasa con las teorías inmanentistas y evolucionistas de los dialécticos de la teología y la filosofía? Dejemos que sea el agnóstico Monod quien responda: "la ciencia moderna ignora toda inmanencia" (op. cit., pág. 159). También:

la ciencia moderna ignora los delirios pseudocientíficos del P. Pierre Teilhard de Chardin, padre del evolucionismo teológico:

"La filosofía biológica de Teilhard de Chardin, no merecería detenerse en ella a no ser por el sorprendente éxito que ha encontrado **hasta** en los medios científicos . . . Por mi parte estoy sorprendido por la **falta** de **rigor** y de austeridad intelectual de esta filosofía".

Y además, desde luego, la moderna biología ignora al marxismo, "Interpretación no sólo extraña a la ciencia, sino **incompatible** con ella ... una ideología inauténtica por esencia, **burla** de **la ciencia** sobre la que pretende apoyarse" (op. cit., págs. 42-43; 50-49).

¿No nos asiste acaso el derecho, ante esta flagrante contradicción entre ideologías y ciencias, en insistir en que estamos frente a un reflujo histórico, en un regreso a las mitologías más superadas del siglo XIX?

Nos gustaría conocer cuáles fueron las reacciones de algunos clérigos que invocando en falso el nombre de la ciencia, habían implantado sus teorías de una Iglesia en transformación constante y conflictiva, para adecuarla al "movimiento de las tensiones que rigen la vida", cuando conocieron el informe del profesor de Genética Fundamental de la Facultad de Medicina de París, Dr. Jérôme Lejeune, presentado al Sínodo Episcopal, el 1° de octubre de 1974. Decía en su "Mensaje de Vida":

"El principio de vida no es modo alguno un impulso, porque es posible detenerlo y puesto que se puede reemprender, sino que consiste en un poder persistente de canalizar la energía, mediante una forma que la materia puede efectivamente soportar, pero que por sí misma no podría asumir".

Esto es, que –con el ejemplo de la influencia de las leyes de la termodinámica y del enrarecimiento del agua sobre las proteínas enzimáticas– se ilustra así el viejo y sabio postulado tomista de la primacía de la forma sobre la materia. Y llevándolo al caso de la genética molecular, anota:

"Los virus, por ejemplo, poseen una codificación que define enteramente los elementos que los componen, ácidos nucleicos y proteínas que los rodean. Sin embargo, si bien esos pequeños organismos pueden transferir pasivamente diversas informaciones genéticas de una célula a otra, en cambio no saben reproducirse. Así resulta que la información de los virus, o la de los cromosomas, es comparable a la banda magnética sobre la cual toda una sinfonía se encuentra registrada. Pero para restituirla en sonido es necesario un aparato de lectura que pueda poner en contacto ese documento en que ha sido fijada . . . **Así punto por punto, la biología descubre que los primeros principios son leyes de la naturaleza,** y que los postulados que permiten que haya ciencia, **esas evidencias**

lógicas que no se demuestran, no son sino una toma de conciencia de los hallazgos de la vida. Si estos felices hallazgos dotan a nuestra inteligencia del extraordinario poder de analizar el mundo, **el postulado del que no podemos partir es el de la incoherencia. Ciertamente, el ónocimiento se extrae de lo real**".

La ciencia actual, concluye Jérôme Lejeune, no ha hecho otra cosa que:

"la paráfrasis poco hábil de una buena nueva: Al principio hay un mensaje. Ese mensaje está en la vida. Ese mensaje es la vida. ("**Mensaje de Vida**", en-. "Verbo,", Madrid, marzo-abril de 1975, serie XIV, N° 133-134, págs. 310, 312, 315, 320-321).

Quienes creen, con Hegel, que no hay principio de identidad ni en la lógica ni en la metafísica, que el conocimiento es un dato interno de la conciencia y que la dialéctica de los conflictos es la que recrea la vida, ¿habrán tomado noticia de este "signo de los tiempos", de una ciencia de lo real, que parte de lo evidente y permanente del orden de la naturaleza, para alcanzar el Principio Eterno causa de los seres? . . .

Si el progreso destruye al progresismo como la ciencia al cientifismo, ¿por qué este repliegue cultural de la segunda mitad de nuestro siglo? Entre otros motivos por la falencia de la educación; de la educación universitaria, encargada de transmitir los conocimientos a las nuevas generaciones.

Y esto nos lleva a la consideración de otro de los factores del presente reflujo: la "**Rebelión Estudiantil**".

El orden que, como acabamos de ver, es la ley de la naturaleza y de la vida también lo es de los estudios. Para eso se crearon las universidades, para organizar el orden propio de la educación superior. La natural inclinación humana por el saber se canaliza así por sus carriles específicos. Profesores y estudiantes, en un medio adecuado, se ordenan allí a su fin, el saber, la búsqueda y encuentro de la Verdad. Esto exige el desarrollo de un hábito específico, el de la "estudiosidad", la dura, consciente y humilde tarea diaria de aprender. Cuando eso acontece estamos frente a una Universidad, una casa destinada a la conservación, trasmisión y acrecentamiento de un patrimonio cultural y científico.

El enemigo del estudioso es el desorden, desorden de la inteligencia, de la voluntad, de la vida misma. Sertillanges los enumera y especifica:

"¿Cuáles son los enemigos del saber? ... además de la **estulticia**, ¿qué otros enemigos son de temer? ¿No pensáis en la **pereza**, por la que quedan sepultados los bienes más preciados? **¿Y en la sensualidad** que debilita y entorpece los cuerpos, oscurece la imaginación, embrutece la in-

teligencia, disipa la memoria? ¿Y en el **orgullo** que aparentando deslumbrar entenebrece, que nos empuja en nuestro sentido de tal manera que al propio sentido universal quedamos ajenos? ¿Y en la **envidia** que niega con obstinación la claridad evidente? ¿Y en la **ira** que rechaza toda crítica y se obstina en el propio error? . . . Todos los defectos mencionados, por otra parte, solidarizan entre sí se entrelazan, se ramifican . . . ¿De qué depende ante todo el esfuerzo de la ciencia? De la atención, que fija el campo de la investigación, nos concentra en él, y allí apoya todas nuestras fuerzas; después del juicio, que recoge los frutos de esa investigación. Ahora bien, las pasiones debilitan la atención, la disipan, la desvían y mediante rodeos cuyas sinuosidades escrutaron Aristóteles y muchos otros después de él deforman el juicio ... La ciencia depende de nuestras orientaciones pasionales y morales. **Apaciguar-nos** es hallar en nosotros el sentido de la universal, **rectificarnos** es hallar el sentido de lo verdadero" ("**La vida intelectual**", pág. 37).

Como el sendero de la virtud, del hábito bueno, es estrecho, y como el del vicio es ancho, muchos prefieren el segundo. De momento la elección es tentadora: claro que luego uno comprende que el primero es el que llevaba la Verdad y que el segundo desemboca en la Nada. Esa tentación es la que siempre ha acechado a los estudiosos (profesores y estudiantes) de todas las universidades de todos los tiempos. Para impedirla surge el orden disciplinario, el método gradual y riguroso de la enseñanza. Pero el que ya está muy avanzado por el camino del vicio se resiste, con mayor o menor violencia a aceptar esa disciplina que procura, sin conseguirlo, corregir su desorden interior. Es ahí cuando ese miembro enfermo de la comunidad universitaria debe ser separado del seno de la entidad para que no propague su contagio. Pero es ahí también el momento en que cuando el principio de autoridad falla y no se corta por lo sano, que la universidad se desvirtúa. Los que son vicios de sus miembros se trasladan primero a la institución misma y luego a la sociedad que la cobija. Es decir, nace la "Reforma Universitaria" y la subsiguiente "Rebeldía Estudiantil". La universidad se burocratiza, esto es, se pone el orden académico al servicio del orden (o desorden) administrativo, bajo pretexto de adecuarlo al orden de otras instituciones públicas; y la universidad se disuelve en un torbellino de gimnasia revolucionaria para quedar sólo como un ariete de la destrucción del orden social. Ambos fenómenos son abarcados en la temática de la "politización" de la Universidad; cuando la "universitas" se confunde con la "polis", para el mal de las dos.

Tal cual la enfermedad acecha a la vida, a cada momento y en cada recodo de su viaje, asimismo el desorden reformista o revolucionario acosa desde siempre a la Universidad. Leamos esta noticia:

"Un incidente desagradable vino a envenenar los ánimos todavía más. En una colisión de los estudiantes con la policía resultó muerto uno de aquellos y varios otros contusos y después encarcelados. La universidad puso el grito en el cielo reclamando sus privilegios y el castigo inmediato de los agentes de la autoridad que habían osado violarlos. No habiendo recibido satisfacción, o la rápida y enérgica que pedían... se apresuraron a decretar la huelga general en señal de protesta".

Usted, lector, de seguro tiene idea de haber leído eso en algún diario de los últimos años. Quizás no recuerde si fue en Berkeley en 1964, o en la Universidad Libre de Berlín, en 1966, en la Sorbona o Nanterre en 1968 o en Columbia en 1968... Pues no; el hecho que da cuenta la noticia ocurrió en el año 1252 en la Universidad de París, y provocó la bula "Quasi lignum vitate" (ver: Andrés Garrido, "La Rebelión Universitaria", Madrid, Guadarrama, 1970, pág. 132). Pero completemos la información previa del asunto. Usted mismo, que sin duda ha leído bastante en los últimos años acerca de la "liberación" de los jóvenes y del "conflicto generacional", y que está harto de esas mansergas ¿no suscribiría estas palabras?

"El padre se acostumbra a descender al nivel de su hijo y a temerlo, y el hijo se coloca al mismol 'nivel de su padre, sin respeto ni temor por sus ascendientes,... El maestro teme y adula a sus alumnos y estos desprecian a sus maestros y tutores ... los viejos condescienden"

Usted estará reflexionando si esa sabia descripción se le ha ocurrido a algún amigo del rector socialista de Nanterre, P. Ricoeur, luego que los estudiantes lo coronaron con un tacho de basura en premio a su "permissivismo", o del ultra-liberal rector de Berkeley, Clark Kerr, abucheado y corrido por sus "jóvenes" discípulos, o del no menos socialista y progresista rector de Berlín H.J. Lieber, cuando fue atacado por los "guardias rojos" de Rudi Dutsdske y los cubrió de injurias. Pues se volvió a equivocar; el autor de la admonición es el griego Platón. . .

También las revistas de los últimos años traen descripciones de las actividades universitarias. Sobre la psicología de tales sujetos leemos que un estudiante de derecho-

"en su undécimo año, a quien nada le agrada tanto como una reyerta, salvo un tumulto, ni tanto 'como un tumulto, salvo una revolución. Siempre está dispuesto a romper una vidriera, arrancar los adoquines del pavimento y derribar un gobierno, sólo para ver qué ocurría"... .

£1 retrato no corresponde a Cohn Bencjit, el líder de Nanterre o a Mark Rudd, el de Columbia, o a Mario Savio, el de Berkeley o a cualquiera de los dirigentes del "Zengakuren" japonés o del "S.D.S." (Students for a Democratic Society") norteamericano o de su equivalente ber-

linés "SDS" ("Liga de Estudiantes Socialistas Alemanes"), sino a Balorel, un personaje de la novela "Los Miserables" que en 1862 escribiera Víctor Hugo. Un miembro del club "amigos del ABC", dirigido por Enjolres, 'vástago de familia pudiente ... de un natural belicoso y místico a la vez". ¿Y acaso esas ligas y sus líderes del "poder estudiantil" de nuestro tiempo, no están ya prefiguradas en la "Burschenschaft" alemana de 1817 acaudillada por Karl Folien? Ellos querían instaurar una república de teólogos, gimnastas, homosexuales, jacobinos y asesinos, y su jefe exponía que: "La rebelión y todos los actos que en la vida ordinaria se consideran delitos, son medios lícitos para conquistar la libertad ... si las cosas llegan a lo peor, las personas que vacilan en sus opiniones deben ser sacrificadas no es una cuestión de sentimiento, sino de **necesidad**". (Estas citas, como las que siguen, se pueden verificar en el libro de Lewis S. Feuer, "**Los movimientos estudiantiles**", Bs. As., Paidós, 1969).

¿Hubieran podido decirlo mejor Lenin o Ernesto Guevara?... .

El activismo, las huelgas, la lucha generacional que hoy son tenidos como "signos de los tiempos", de la progresiva liberación de los jóvenes, son, como se ve, cosas muy viejas. Ocurren en las épocas de crisis románticas, irracionales, de ruptura del orden; espasmos anárquicos entre un orden y otro. En el sentido el siglo XIX es un excelente modelo de "poder estudiantil". En 1848 el grupo "Aula" de estudiantes judíos de la Universidad de Viena formó una "Legión de la calavera" y durante un tiempo impuso el terror en la ciudad. En Rusia, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera del siglo XX se sucedieron las agrupaciones universitarias terroristas. En Bosnia también actuaba un grupo similar, al que perteneció Gavrilo Princip, el terrorista embebido en la lectura de Herzen, Bakunin y Kropotkin, que produjo el atentado de Sarajevo de 1914 que desató la Gran Guerra. Este convicto asesino confesaba:

"Los libros son la vida para mí... Fue la literatura clásica y humanista (rusa) la que me condujo al comunismo"

Literatura y revolución se mezclan en la cabeza de estos estudiantes que no estudiaban. En "Padres e hijos", el novelista ruso de tendencias "progresistas", Turgenev, describe las ansias destructivas y autodestructivas de los jóvenes ideólogos radicalizados. Los personajes están tomados de la realidad; de la "Narodnaya Volya" (Voluntad del Pueblo), que a fines de la década de 1870 multiplicó sus desmanes. El ciclo de la élite nihilista se reiteraba una y otra vez: hijos de familias acomodadas, perdían la fe (si es que alguna vez la habían tenido), dejaban los estudios sistemáticos y los reemplazaban por lecturas apuradas de novelas y ensayos socialistas; se agrupaban promiscuamente y decidían "ir al pueblo"; el campesinado ruso los repudiaba, entonces proyectaban actos

de terror, al cabo de los cuales se suicidaban. Eran vidas que se quemaban como fuegos artificiales, en una espiral sin sentido. Con el objeto de "ir al pueblo", recuerda Stepniak, uno de esos "narodniks", "se reunían con apresuramiento ropa de trabajadores, camisas, botas, etc.". Las muchachas se dejaban la melena sucia y los hombres la barba. Luego, convenientemente disfrazados (de mendigos y no de campesinos) iban al campo a predicar socialismo. Los campesinos, dice el teórico marxista Plejanov:

"permanecieron sordos a los llamamientos revolucionarios y ellos se vieron obligados, contra su voluntad, a tratar de llevar la revolución adelante valiéndose únicamente de sus propias fuerzas. Y bien, ¿qué podían hacer con tal herramienta? ... no había para ellos otro camino que lo que llamamos terrorismo" (op. cit., pág. 173).

El terrorismo llegó a ser "el mundo en que vivían" afirma el novelista soviético Ilya Ehreburg en "Pueblo y Vida", donde presenta el caso de uno de ellos, transformado en un "asno cuya persona exhala el fuerte y sofocante olor de un imbécil". Aun la convivencia entre ellos era difícil. Una veterana de esas lides, Vera Figner, anotó que el terrorismo:

"despierta la ferocidad, desarrolla brutales instintos, provoca impulsos perversos e incita a cometer actos desleales" (op. cit., pág. 185).

El asesinato de Ivanov por Nechayev es un caso típico de esa morbosidad destructiva, que tan bien investigó Dostoyevski en "Los Demonios". Adulados, favorecidos por sus preceptores universitarios, la actitud o pose "rebelde" se difundió bastante sobre aquellos que tenían cierta predisposición para adoptarla. Así la minoría judía, de la que salieron terroristas como Axelrod, Zenderbaun, David Cohn Epstein, Jacob Finkelsfein, Aaron Sundelevitch, Bronstein, luego conocido con el alias de "Trotsky". Se llegó a hablar, con notoria exageración, de que su número llegaba a cuarenta mil. Alarmado con esta cifra, Federico Engels comentaba:

"Es terrible para el mundo... que haya en Rusia 40.000 estudiantes revolucionarios que no tienen el respaldo del proletariado y ni siquiera del campesinado ... Si algo puede destruir al movimiento europeo occidental, es la importación de 40.000 nihilistas rusos más o menos instruidos, ambiciosos y hambrientos, candidatos a todos los cargos" (op. cit., pág. 273).

El ciclo vital del espasmo anárquico fue entonces descrito por uno de los "narodniks", Moisés J. Olgin, que más tarde como tantos otros emigró a U.S.A. y se convirtió en un magnate de la industria editorial: "(Esta es por lo general la historia del intelectual ruso: a los veinte años

es un ardiente revolucionario (en teoría) que repudia los compromisos (en sus conversaciones con sus amigos) y acaricia los ideales socialistas más avanzados; a los veinticinco años trabaja en algún distrito como médico, maestro, agrónomo o funcionario público, tratando de ser progresista .. a los treinta es un hombre "cansado" ... disgustado por sus fracasos, que se amolda gradualmente a los costumbres de quienes lo rodean y juega a las cartas y bebe whisky todas las tardes de puro aburrimiento; a los treinta y cinco es **una ruina moral**" (op. cit., pág. 258).

Este es el caso típico del estudiante rebelde-aburguesado. Los otros cumplían su giro brevemente: comenzaban por la "crítica" filosófica hegeliana; seguían por la "autocrítica" de tácticas y estrategias terroristas y concluían con la "autoaniquilación" por la vía del suicidio. Llegado a este tercer estadio, Lenin, cuyo hermano Alejandro había perecido en estas lides, leyó de Chejov "La sala número seis", en que se estudian los abismos de la locura, "se sintió muy asustado" (op. cit., pág. 163); y para romper "el círculo vicioso", decidió terminar con la parte emocional, final, del asunto y poner a esta gente bajo la disciplina de un partido férreo que siguiera canalizando esos impulsos asesino-suicidas. Así nació la "vieja guardia" de los fríos revolucionarios profesionales, la de aquellos que ya no disponían de un corazón aunque fuera corrompido.

Si hemos historiado este caso con cierta extensión es porque en él se miran como en un espejo todos los movimientos estudiantiles que hoy creen haber descubierto la pólvora de un "poder joven". Todavía entre el siglo XIX y 1960 se inserta el caso sudamericano de la "Reforma Universitaria" de Córdoba de 1918, que no es sino un retraso argentino de los espasmos europeos decimonónicos. Su "Manifiesto Liminar" sostenía que "La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura No se equivoca nunca en la lección de sus propios maestros". Sus recopiladores modernos apuntan: "La Reforma Universitaria se ha caracterizado por la traición de sus dirigentes" (A. Ciria, H. J. Sanguinetti, S. Siperman, "La Reforma Universitaria 1918-1958", Bs. As., FUBA, 1959, pág. 5).

Como no es posible reproducir cada uno de los "mea culpa" de sus antiguos líderes, tomemos uno al azar, el de Jorge Orgaz, para ilustrar el caso cordobés:

"Después de cuarenta años casi, nos encontramos en el punto de partida ... Yo pienso que la experiencia reformista tal como se ha dado no se puede repetir ... En los cincuenta años, más de una vez, la Reforma fue mero pretexto de agitación sin medios ni fines democráticos... No hay por qué silenciar la responsabilidad que le cabe a los reformistas en los hechos producidos... están sus vicios: la asistencia libre... convertida en inasistencia libre general; la libre docencia... trocada en he-

ramienta sin uso...; el ejercicio de la democracia interna... corrompido por los modos y formas de la politiquería y el electoralismo. . .; la investigación y los altos estudios. . . descuidados o relegados y aun sustituidos... ¿No son chabacanería la iracundia y el energumenismo cultivados, precisamente en la universidad, institución de cultura superior?" (**"Reforma Universitaria y rebelión estudiantil"**, Bs. As., Libera, 1970, págs. 94, 20, 32, 37, 67, 68-69).

"No hemos avanzado, hemos retrocedido", concede a los cincuenta años este fundador de esa rebelión universitaria. ¿No podremos concluir que el asunto no valía de entrada mi uno solo de los vidrios que rompieron? Recapitulando todos esos desórdenes, bien pedía Francisco J. Vocos decir:

"Para que el estudiante no sienta de nuevo el aguijón del sentido común, la Reforma lo hace luchar los "reivindicaciones" estudiantiles y le advierte que están fundadas en la más moderna pedagogía. La Reforma postula la libre actividad del estudiante, sin obligaciones de ninguna especie. Y así suprime, con la pedagogía activista en la mano, toda actividad intelectual. Porque lo real es que si el estudiante no tiene obligaciones, no se las crea él; si no se le da un plan de estudios, ni sabe hacerlo ni se afligirá por ello; si no entra por puerta estrecha del sacrificio, del estudio humilde y penoso, no entra por ninguna . . . De este modo el alumno continúa en la ignorancia que traía al ingresar, pero convencido de que es el salvador de la Universidad y de las instituciones; imposibilitado por principio para el esfuerzo intelectual y para todas las disciplinas de la ciencia y del saber, pero íntimamente satisfecho de sus perfecciones reformistas; prisionero de sus propias pasiones y de sus dirigentes pero altamente orgulloso por sus altivas luchas por la libertad. Vale decir, lleno de una vanidad infundada y ridícula.... Mientras los estudiantes no vean la realidad como es. . . mientras sigan creyendo la monserga de la redención por los adolescentes, toda la actividad estudiantil será vana agitación, que se resolverá, como el oleaje contra la roca, **en bramido y espuma**" (**"El problema universitario y el movimiento reformista"** Bs. As., Huemul, 1962, págs. 128-129, 136).

Bramido y espuma, ese fue el resultado de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918. Pero por obra de estos singulares reflujos de la historia, ese movimiento, que en la Argentina estaba desprestigiado al máximo, sirvió de modelo y antecedentes a los estudiantes franceses, norteamericanos y berlineses que en 1968 querían enviar "la imaginación al poder". Y luego como un "boomerang" estas atrasadas rebeldías redujeron sobre la misma América Latina impulsando una nueva ola de desórdenes revolucionarios. Así el retroceso de este tiempo se muerde la cola.

Y para no extendernos inútilmente en el análisis en las diversas facetas de la bajamar contemporáneo, echemos sólo un vistazo sobre dos o tres asuntos más.

Ahora se están reeditando aceleradamente las obras de Wilhelm Reich, el pornógrafo que murió encarcelado en USA por estafador. Basándose en las experiencias del Berlín de la postguerra de 1918 –un mundo inundado de libertinaje que quería batir los records de Sodoma y Gomorra– él inventó el "freudomarxismo", cuyo éxito editorial fue muy limitado por la recuperación del mundo occidental luego de los "años locos". Pero como el declive moral se hace presente de nuevo en esta época de "aggiornamentos" y "liberaciones", entonces el paranoico de Reich es redescubierto por los empresarios de la pornografía para el consumo masivo de "hippies", "beatniks" y demás ralea zoológica. Erotismo y drogas para seguir los consejos de Reich o de su ilustre antecesor el marqués de Sadei En cuanto terminen de encontrar algo nuevo bajo el sol podremos regresar a Pompeya o a Babilonia ...

Otro tanto ocurre con la violencia sacralizada y bendecida por los enemigos de la "violencia institucionalizada". Entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del presente estuvo de moda un cierto anarquismo. Los nombres de Santo Caserío, Ravachol, Severino Di Giovanni, Paolino Scarfó, Simón Radowtzky, Buenaventura Durruti y otros similares adornaron las páginas de la crónica policial roja de los periódicos de la época. Era el tiempo de los "expropiadores" y "ajusticiadores" que hicieron, la felicidad de sus semejantes en la Semana Trágica de Barcelona o de las Huelgas Salvajes de la Argentina, de los asesinatos de Sadi Carnot y de Dato. Algo que parecía haber quedado en los anales negros de la justicia del crimen. Pero ahora, en los tristes tiempos que empiezan a correr a partir de 1960, "Sacco y Vanzetti" son de nuevo objeto de veneración de la industria de la subversión. Y nuevamente, como con la pornografía y con la rebelión universitaria, los consumidores fáciles de esta mercancía sangrienta son los adolescentes ingenuos.

El arte "pop", la ópera "beat", la lingüística estructura lista, la novela "comprometida", el "living-theater", cierran el cortejo fúnebre de una cultura cavernaria, precioso "signo de los tiempos"; símbolos todos del oscurantismo más retrógrado que el orgulloso Occidente de hace dos décadas nomás no hubiera soñado contemplar.

Y todas estas coordenadas confluyen sobre la política.

Acá el regreso al optimismo estólido de la preguerra del 14 al utopismo desesperado de su postguerra es muy notorio. Algunos periodistas dicen que el pacto de Helsinki se parece al de Munich de 1938; pero en verdad, como pone fin a una guerra, la Tercera Guerra Mundial, librada y vencida por los soviéticos en el campo ideológico, más se pa-

rece a los tratados de Versalles. Al fin y al cabo su inventor, el Dr. Henry Abraham Kissinger era como el "coronel" Edward Mandel House (el cerebro gris del títere de Woodrow Wilson) un alto empleado de la casa Rockefeller, del C.R.E. ("Consejo de Relaciones Exteriores") y de los honorables banqueros de la calle Wall. Pero donde los periodistas no se equivocan, quizás porque los han impresionado los monóculos, es en señalar el extraordinario parecido del general De Spínola, "héroe de la revolución democrática de los claveles rojos" de Portugal de 1974 con Kerensky, el generalísimo del socialismo democrático-menchevique de la Rusia de 1917. Ahora, como en 1918 –como si en estos 57 años no hubiera pasado nada– los dialoguistas, los conciliadores, los coexistentes del mundo, se han unido para saludar a una nueva "Aurora Roja", que cada mañana amanece un poco más sucia de sangre de víctimas y despojos de esclavos. Bien cantaba Carlos Marx:

"¿Quién lamenta los estragos/ si los frutos son placeres,/ no aplastó miles de seres/ Tamerlán en su reinado?".

(Glosa de la poesía de Goethe "A Suleika", en el artículo "La dominación británica en las Indias", publicado en el "New York Tribune" del 25 de junio de 1853).

¡A aplaudir pues el reinado de los nuevos Tamerlán, de los bisnietos de Gengis Khan! En todo caso, los únicos que tienen que preocuparse son "los pueblos reaccionarios, las pequeñas naciones contumaces", como decía Marx. Porque, según añadía Lenin:

"Quien no esté hundido en los prejuicios nacionalistas no podrá dejar de ver en este proceso de asimilación de las naciones por el capitalismo **un grandioso progreso histórico**, una destrucción del anquilosamiento nacional de los rincones perdidos, principalmente en los países atrasados" ("**Sobre la cuestión nacional**", Bs. As., Abraxas, 1973, pág. 94).

¿Qué Ud. vive en uno de esos "rincones perdidos"? ¡Embrómesel! ¿quién lo manda nacer ahí?

Tenemos la suerte de asistir a las epifanías del ecumenismo capitalista-comunista, soñado por hombres tan preclaros como Max y Paul Warburg, Jacob Schiff (de la banca Kuhn, Loeb y Cía.), León Trotsky, lord Alfred Miiner, J. Rierpont Morgan, John D. Rockefeller, lord Rothschild, Frank Vanderlip, Ayerell Harriman, Walter Ratheneau, Cyrus Eaton, Alger Hiss, Harry Dexter White, Nunn May, Noel Field, F. D. Roosevelt, Agnes Smedley, P. Mendés-France, Bruno Pontecorvo, Klaus Fuchs, Guy Francis de Moncy Burgess, Donald Duart Mac Lean, Julius y Ethel Rosenberg, Jean-Paul Sartre, Owen Latimore, y tantos otros olvidados benefactores de la humanidad. Si durante unas décadas hubo cierta "caza

de brujas", de procesos por espionaje, de "macartismo" y guerra fría, hoy gracias primero a la gestión de los hermanos Kennedy y luego a la de los nietos de don John D. Rockefeller, el mundo se encamina hacia una Paz Eterna y Universal. ¿No hemos presenciado acaso en este año de 1975 la liberación de culpa y cargo del antiguo asesor personal del presidente Roosevelt, fundador de la U. N. y negociador de Yalta, Mr. Alger Hiss, aquel mismo que fuera procesado en 1948 por alta traición, gracias al testimonio de su célula comunista? Pero es que ahora ya no se procesa a nadie por este delito en U.S.A.; lo que ha quedado bien probado con la absolución del espía Daniel Ellsberg, quien se jactó ante la prensa norteamericana de haber entregado a la UR.SS. documentos militares secretos. En todo caso las fuerzas de la justicia se reservan para asuntos más serios como el "show Watergate", organizado por la red periodística contra el presidente más mayoritariamente votado en toda la historia de los Estados Unidos.

En el llamado "decenio loco" el candidato republicano Warren Harding había triunfado en la elección de 1920 por 16.000.000 de votos contra los 9.000.000 del candidato de Wilson y los demócratas, James M. Cox. La corrupción política no era novedad en USA, sobre todo los demócratas del "Tammany Hall", no podían tirar la -primera piedra. Pero como la Fiscalía de Justicia de Harding se puso pesada con los rojos y llevó a la cárcel a Eugene Debs y otros progresistas, y en Massachusetts se había condenado a los anarquistas Sacco y Vanzetti, se encomendó al senador "progresista" Robert La Follette que promoviera un escándalo por la eventual corrupción del presidente. Este murió envenenado y su nombre quedó enlodado gracias a la gran prensa. En- 1924 al consultarse de nuevo al electorado el sucesor de Harding obtuvo 15.700.000 votos contra los 8.400.000 del demócrata Davis y los 4.800.000 de La Follette. Ese era el juicio del pueblo norteamericano sobre el "affaire" Harding. Pero como a los amos de Wall Street eso no les importa nada, no cejaron hasta que el cabo de unos años, crisis mediante, consiguieron imponer a su candidato, Franklin Delano Roosevelt, el futuro hombre de Yalta. Al releer ahora lo que le sucedió a Richard Nixon (es decir la conspiración del "Washington Post", el "New York Times", el "Boston Globe", el "Newsday", "Louisville Journal", "New York Post", "Newsweek" y otros), ¿no se sentirá tentado de pensar que historia se repite?

Eso es lo que pasa en la meca del llamado "capitalismo". Para quienes han leído los datos que aportan Gary Alien y Larry Abraharr* ("Nadie se atreve a llamarle conspiración") o Henry Coston ("La Europa de los banqueros"; "Con dinero rueda el mundo"), no les extrañará nada de lo que allí está pasando. No les extrañará, por ejemplo, saber que la Fundación Ford y la Fundación Carnegie son las entidades que sostie-

nen financieramente a la SRS ("Students for a Restructured University"), uno de los grupos estudiantiles que organizó las huelgas y los disturbios de la Universidad de Colombia (ver: A. Garrigó, op. cit., págs. 57-60), ni que la mayor parte de los agitadores universitarios de Latinoamérica, en algún momento, han gozado también de las mismas prebendas de esas instituciones de filantropía universal. Porque lo que importa no es tanto la tristemene célebre "Revolución Cultural" sino saber quién la paga. Como también sería interesante conocer el origen de los fondos de tantísimas editoriales que por todo el mundo occidental distribuyen los refritos de un Paul Barao, un Paul Sweezy, un Pierre Jalée, un André Gunder Frank, un Theotonio dons Santos, unos Falettos y Cardosos, etc., etc., que con sus neblinosas teorías sociologistas y estructuralistas sobre el imperialismo, viven escamoteando el fondo de la cuestión y suponen —como todo lo otro— un retroceso a una etapa pre-leninista de los estudios del problema.

Bien; eso en cuanto a USA y su regreso a los "años locos" del veinte. Pero donde tenemos que admitir que hay progreso es en la **URSS**.

No nos referimos al muy obvio avance del "Nuevo Islám" sobre la faz de la tierra. Además que el imperialismo soviético es sólo una mezcla de los procedimientos mongoles de expansión, unidos a una propaganda ideológica aprendida de los volterianos de la Ilustración dieciochesca, más las técnicas económicas de exacción masiva que practicara con tanto éxito en el siglo XIX el muy libre Imperio Británico. Tampoco nos referimos a los avances del materialismo "científico" en materia de trituración de los seres humanos. Porque si bien la Checá, la GPU, la MVD, la NKVD, la KGB y el Smersh, han conseguido señalados sucesos desde la época del tiro en la nuca hasta el uso refinado de la reserpina y el penthotal, sin por eso abandonar su querido "Gulag" que ya se ha deglutido 66 millones de habitantes, no creemos que eso pueda ser llamado con precisión un "progreso", ¿o no? No; Nos referimos a otra cosa.

La circunstancia de que los últimos tres más destacados premios Nobel rusos sean el novelista Boris Pasternak, el escritor Alexander Solzhenitsin y el científico Andrei Sajarov, es decir tres "disidentes" del soviétismo, puede dar una buena pista de lo que queremos destacar. En URSS está creciendo una protesta religiosa, filosófica, científica y moral, que ya no se puede encarcelar ni en toda Siberia. En la URSS, muy a pesar de los soviéticos, el progreso no se ha detenido. El dragón tiene que vomitar ese progreso; pero él igual opera. En la conferencia de prensa que ofreciera en diciembre de 1974 en Suecia Solzhenitsin, alertó sobre la apremiante situación intelectual de los soviéticos: "Primeramente dejaron de lado a Stalin y defendieron a Lenin. Hoy es difícil defender a Lenin, de manera que lo están dejando de lado a él

y están retirándose a la tercera línea de trincheras, en donde defienden a Marx" (trad. de "El Mercurio", Santiago de Chile, 27-IX-1975, pág. 7).

¡Esto sí que es importante! El único "signo de los tiempos", positivo en el plano político. Mientras los aprendices de comunistas en Occidente andan balbuceando los textos de Marx y embobándose con Lenin (aunque todavía les repugne un poco Stalin), los rusos ya están de vuelta de todo eso. "Sacudámonos la sucia, empapada y hedionda camiseta de la ideología comunista", decía Solyetnizin en su "Carta a los líderes soviéticos". Y tanto él, como Anatolyi Kuznestsoz, y como varios otros destacados disidentes, aseguran que para conseguir sacarse esa camiseta les bastaría con que los señores de Wall Street, representados en este caso por el Dr. Kissinger, dejaran de ayudar financiera y económicamente a los soviéticos.

Si eso se consigue, quizá todavía alcancemos a ver renovada a la "Santa Rusia", la piedra que los arquitectos (masones) desecharon, para reemplazarla con el despotismo tártaro que idearon los banqueros de allende los mares.

"No olvidéis esto: el pueblo chocará con el ateo y luchará con él, y surgirá la Rusia ortodoxa" ("Los hermanos Karamazov").

¿Sueños? Tal vez. Pero ese pronóstico de un cristiano tan profundo como misterioso profeta, cual fuera Fedor M. Dostoyevski, ha tenido hace poco un comienzo de cumplimiento. En el censo de población de 1967, practicado con ocasión del XL aniversario de la revolución bolchevique, 50 millones de rusos declararon pertenecer a la fe cristiana ("practicante cuando puedo" fue la fórmula que tuvieron que emplear). Esto después de 50 años de persecución despiadada de la Fe y de complicidad de la jerarquía ortodoxa con el régimen ateo.

Este dato luminoso en un mundo de tinieblas muestra hasta qué punto Dios puede escribir derecho sobre líneas torcidas. Algo que los progresistas, esos devotos del historicismo mundano, han olvidado por completo.

Los "antihéroes" de la segunda mitad del siglo XX son estrellas fugaces de la constelación contestaría, fugitivos meteoritos que brillan un instante con las luces prestadas por los reflectores de la prensa y en seguida caducan; sus "antimemorias" están escritas sobre papel mojado. ¿Dónde está el fulgor de Cohn Bendit, de Hélder Cámara, de Merleau-Ponty, de Malcon X, de Eugene Me Cartby, de W. W. Rotow, de Mari ghela...? "¿Dónde están que se fizieron?". Idolos de un día, las mismas maquinarias que los inventaron los olvidan al momento. Cuenta Garrigó:

"En Norteamérica, las portadas de los periódicos ventilaron durante un tiempo la foto de Mark Rudd, como "agitador en jefe" de Columbia. Le

encontré por casualidad en una asamblea sentado en una fila de atrás, anónimo, inadvertido,- ni siquiera tomó la palabra en un debate... Los mecanismos de sucesión son implacables. Nadie vuelve a gozar dos veces el fervor popular. La caída en desgracia es definitiva; en esta guerra no hay culto a los caídos. Cuando pregunté a los estudiantes de Berkeley si algún día levantarían un monumento a Mario Savio en el campus, me mimaren sorprendidos. "Ya nadie se acuerda de él aquí. Está desfasado... Sí, ya sé, en 1964 era como un santo, todos le veneraban, pero aquello pasó" (op. cit., págs. 44, 47).

Si hasta los comandantes en jefe de esta ola progresista se han marchitado en el recuerdo: un Karl Rahner en teología, un JeanPaul Sartre en filosofía, un Pierre Teilhard de Chardin en ciencias, un Rudi Dutschke, en la agitación universitaria, un Erich Fromm en la revolución de las costumbres, un John Kennedy y un Nikita Kruschev en política, han pasado ya bastante del meridiano de su popularidad. Es que es ley cripia del reflujo el ser pasajero. Castillos de arenas son sus obras. Sic Transit gloria mundi.

Los "cronólatras", los adoradores del dios Tiempo, que mencionaba Jacques Maritain, reciben su pago en la misma efímera moneda que exaltaron.

Los mitos que ellos han contribuido a restablecer correrán igual suerte. "Lo que no es tradición es plagio", había advertido aquel gran maestro de nuestro idioma, don Marcelino Mienéndez y Pelayo. Y el plagio como la mentira tiene patas cortas. Las partes desorbitadas tendrán que volver al todo. Un notable "integrista" (por su integridad moral, por la integralidad de su pensamiento) de nuestra época, Gusfave Thibon resume la tarea que hay por delante:

"Contra el comunismo y a favor de la comunidad; contra el socialismo y a favor de lo social; contra el liberalismo y a favor de la libertad; contra el capitalismo o contra un cierto capitalismo y en favor de la propiedad; contra el erotismo y a favor del amor. Dicho en otras palabras, delante de cada ídolo debemos intentar desgajar y salvar la realidad que el ídolo parece aplastar con un peso absolutamente falso" ("**Unidad ¿a qué precio?**"; en: "Verbo", Madrid, N° 130, pág. 1182).

Sólo un dato más nos atrevemos a añadir a esta preciosa síntesis: por el universalismo cristiano (organizado gradualmente a partir de los justos nacionalismos, en nuestro caso de los nacionalismos hispanoamericanos) y contra el internacionalismo ateo (o su sucedáneo, el "ecumenismo" progresista).

La de volver la historia a su curso positivo es una tarea larga e ingrata, una cotidiana labor "contra los ataques siempre renovados de la utopía malsana, de la rebeldía y de la impiedad", como nos previniera San Pío X.

La empresa de la reparación humana es dura por la dura estolidez de los progresistas. "Los progresistas son mis bestias negras", confesaba en "Ensimismamiento y Alteración", José Ortega y Gasset. Porque su optimismo es coráceo. Según la clásica definición del "Diccionario de Tópicos" de Gustave Flaubert, "optimista es el equivalente de imbécil".

Pero como el progresismo trabaja en el sentido de la Nada, cabe – en nuestro juicio– tener Esperanza. Nosotros adherimos a la opinión, del maestro brasileño Gustavo Corcao de que este siglo XX, por lo menos en su segunda parte, está resultando "O século do Nada"; un tiempo indigente que de nada apunta a la Nada. Y de la nada, nada sale. A la Utopía hay que oponer la Esperanza. En octubre de 1828 el progresista Eckermann le apuntaba a Goethe: "El desarrollo de la Humanidad parece ser una cuestión de miles de años". A lo que el pensador alemán contestó:

"¿Quién sabe?, tal vez de millones. Pero dejemos que la Humanidad tarde tanto como desee y aun así siempre habrá dificultades en su camino. Veo que llega un tiempo en que Dios no obtendrá ya placer de mantener nuestra especie y deberá proceder de nuevo a rejuvenecer la creación... Viva más tiempo y verá que tengo razón" (cit. por John Bury, op. cit, pág. 233).

El reflujó contemporáneo puede ser un signo de la Parusia o no. Puede ser tan sólo uno de los "ricorsi" que mencionara Vico. Pero ante cualquiera de las dos perspectivas la Esperanza es el remedio. Porque, como la definió el Apóstol, la Esperanza permite confiar contra toda esperanza humana en que el orden propio de la Creación será el que al final prevalecerá.